

Inhóspito ser humano

Diego López

El fin en cuatro partes

INHÓSPITO SER HUMANO

DIEGO LÓPEZ



Capítulo 1

Inhóspito ser humano

Cuando gire el Crono movimiento; cuando las nubes en una ciudad soleada se junten y tornen grises, transformando la ciudad más bella que antes; cuando la habitación adquiera más polvo en la última semana; cuando revise mi libreta de apuntes, donde se supone debería haber escrito las ideas que me azotan a cada momento, pero, en cambio, no hay nada, yace limpia, tal cual como cuando me la regalaron; cuando me percate que da igual qué lleve puesto hoy día, si es lo mismo que usé ayer, antes de ayer, o la semana pasada, y solo me concentre en comprender por qué la mañana se hace eterna en mi habitación; cuando los recuerdos en mi mente se vuelvan nítidos y revelen imágenes que creí olvidadas (creí que te había olvidado) y solo me quede rendirme, tirar las armas, dejar que aquel recuerdo me sumerja en la incomodidad fría del piso donde permanezco y las sensaciones proliferen como aquella vez que sucedió todo (cuando tuve consciencia de ti y lo que representabas); cuando no oiga voces en el pasillo, en los demás cuartos, en toda la casa, porque siempre estuvo deshabitada, excepto por mí (y por ti, por el recuerdo que tengo de ti); cuando acepte que me encuentre así, en tal estado, por frustración y derrotismo; cuando compruebe que las horas, en realidad, sí pasan, transcurren, no son eternas, que llegó la tarde, el ocaso del sol, pero mi estado mental siga igual de jodido (tu imagen sigue igual, jodiéndome, mi fracaso sigue pesando y el cielo más gris aún, como presagiando el apocalipsis, la apoteosis de un protagonista más en esta ciudad); cuando cierta fragancia exquisita (quizá la tuya) se respire en la alcoba (como muestra de que estuviste ahí y no fue una invención mía); cuando considere que quizá me sugestione, que sí hay un error en este sueño que llamo realidad, pero en el cual fluyo como otros miles de seres, y quizá ese olor no exista (aunque provenga de un ser), lo cual demuestre que estoy loco y obsesionado con una idea, con una ficción; cuando entienda que no he amado a nadie, pero sí he querido en demasía; cuando pasé más tiempo en tratar de entenderme que entendiendo a los demás, y la única vez que quise voltear la ecuación (fue contigo) fracasé, lo que me llevó a mi mundo hostil e inhóspito; cuando el cielo se aprecie en arrebol, cercano, así como estar encerrado en una burbuja con los límites pintados de fuego; cuando tenga que pararme para traer el espejo que había en la escalera a mi cuarto (porque hoy es el día) y lo acomode en el piso, apoyado en el ropero, para poder ver gran parte de la habitación; cuando la motivación venga como un huracán y de un tirón escriba lo primero que se me venga a la cabeza en la libreta (este párrafo) y admita que el futuro texto no es tanto por mí, sino por ti; cuando me dé cuenta que me puse a escribir de pie, preso de la emoción, pero me distraiga observando otra vez el cielo desde mi ventana enrejada, tornándose sombreado por una capa negra y estrellada, donde el arrebol ha muerto, pero a la distancia se note una chispa naciente desde el centro

de la ciudad; cuando me vuelva a sentar frente al espejo imponente, rectangular, y vea a un ser humano patético, desgarrado, depresivo, y diga "este soy yo", y termine escribiéndolo en la libreta, sin guardarme por pudor esta confesión; cuando aproveche la comodidad de estar sentado y saque el arma que escondo debajo de la cama, poniéndola a un costado, de momento, para terminar de escribir mi adelantado e inevitable final (justo y liberador final); cuando me dé cuenta que de verdad quiero que sea el fin de todo lo que he conocido y lo que me rodea, que no hay que ampliar la estancia en un mundo que no gira en el sentido que más quiero; cuando ya sea imposible escribir este texto por la oscuridad que domine la habitación y me quede sumergido en ella, sin poder ver donde plasmo las palabras en la libreta o me tiemble la mano preso del nerviosismo que trae consigo saber lo que sucederá a continuación y tenga que dejarlo por continuar con lo planeado; cuando deje la libreta encima de la cama, sin tener nada más que decir, y me concentre en el arma plateada que lata impaciente en el lugar donde la dejé; cuando la tome y aliste para cumplir su función; cuando ponga el frío acero en mi sien derecha, empiece a sudar, a debatirme mentalmente si todavía no es tiempo de cambiar de opinión, que siempre existe algo por hacer, aunque ese algo no sea lo suficiente relevante como para aguantar una vida; cuando apriete más el arma en mi piel, dándome valor diciéndome "no tengo miedo de morir. No, no lo tengo", pero, mentalmente, me conteste "Entonces, ¿por qué estoy llorando?"; cuando mi fuerza se acabe y baje el arma lentamente como un cobarde, pero, inesperadamente, un apoyo (quizá tu mano) la alce y devuelva el cañón dulcemente a mi sien, y vea tu reflejo en el espejo, sintiéndote apoyar tu cabeza en mi hombro, con delicadeza, de la forma como lo hacías antes de este día, y me susurres que aquí estás, que no te has ido, que siempre estuviste aquí, esperando que por fin lo comprendiese, que ya es hora; cuando, en lágrimas te suplique que me perdones y entiendas, que una parte de mí en realidad no quiere morir, pero tú me calles diciendo "tranquilo, todo está bien, solo hazlo"; cuando mire por última vez el cielo, pero ahora será a través del espejo y vea cómo el arbol vuela y se expande, pero como llamas salvajes e infernales que lo consumen todo a su paso; cuando muevas mi cabeza para que me vuelva a posar mi mirada profunda en ti y lo haga; y cuando el sonido del arma resuene, caiga mi cuerpo inerte al piso, mi sangre maldita empiece a emanar de la abertura en mi cabeza y manche la habitación, ese fuego purificador y bello haya llegado hasta acá y consuma lentamente el cuarto, empezando por los rincones, luego la ventana, después el librero, y tú sola te quedes frente al espejo, pero sin ganas de quedarte a ver el protagonismo de las llamas; partas, te levantes y te dirijas hacia la puerta, siendo el espejo testigo de que te vas otra vez y me dejas en mi caos, o en el caos que tú ocasionaste; solo ahí sabré que el final llegó, que este ideal no da para más, que ya no estoy más, que ya no existirás más en mi mente; que todo se consume y no nos deje otra oportunidad a través de los puntos

suspenso, sino que tocó poner el final.

1.

Quién diría que en una mañana soleada en la ciudad de Trujillo alguien podía odiar existir. A veces la vida de estos pobres seres, que son una raza extraña en la humanidad, no es grata, ni si quiera merece ser vivida. Y el sol refirma esas ganas por dejarlo todo y no querer recomenzar, tal y como se intenta escribir una novela.

Andrés, tantas veces Andrés, es el nombre de quien se aqueja por lo que acontece en su vida. Hechos que no son otra cosa que sus circunstancias; algunas de ellas no fueron elegidas. Vivía en una casa solitaria de tres pisos, exactamente vivía en el tercero, junto a una familia que... poca importancia tienen en la suma de los hechos. De día su afición de melómano empedernido lo abstraía varias horas, dejándolo con ganas de hacer más cosas de las que planificaba en su cabeza. Llegada la tarde, salía a rondar los mágicos parques que colindaban por su barrio, visitaba a un amigo o amiga cercanos, terminaba en un lugar familiar sin buscarlo, pero por la noche, irreparablemente, sus pasos concluían en la casa de quien, podría decirse, era la causante de muchas ideas revoloteadas en su cabeza.

¿Por qué volvía a ese lugar? Sí, ¿por qué? Es algo que también quisiera saber. Pero lo único que puedo decirte al respecto sobre su situación, es que no se amaban ni nada por el estilo, pues eran seres libres y hermosos, gente extraña, de esas que temen confesarse las verdades a la cara porque saben lo que significa escrutar una verdad de ese corte, mientras los ojos de la otra persona miran con fuego, temple de ave rapaz, alistada para devolver el golpe; y de ahí todo se perdería entre ambos. Ya lo habían visto venir, así que no se arriesgaban a ser sinceros el uno con el otro, o, al menos, con ese tipo de sinceridad. En cambio, pasaban horas encerrados en el cuarto de Daia, la chica, quien ponía en el tornamesa —un gusto conmemorativo a su padre, quien gustaba de objetos de su generación y difícilmente podía desprenderse de ellos, por lo que, cuando sabía que el paso irrefrenable de la edad se lo llevaría de encuentro, optó por heredarle sus cosas a Daia, su única hija— un disco de Santana, The Clash, Barón Rojo, David Bowie, Pink Floyd o cualquiera que formase parte de su colección.

Andrés nunca le dijo que cambiara de disco o que no le gustaba sus elecciones, sino todo lo contrario: permanecía en silencio, disfrutaba la música como nadie en aquel mutismo, creaba imágenes en su cabeza y se ponía, bien decidido, a escribir dos a cuatro reflexiones en su libreta de mano. ¡Pero qué reflexiones! Sobre esa libreta pues... Daia nunca se enteró de su contenido, excepto cuando ella le ofrecía un juego inocente, dulce, de esos que ningún hombre se niega y, como premio ante su mirada juguetona y la complicidad que aquel juego, Andrés cedía y leía

algunas de sus anotaciones, las más simples y menos relevantes en la libreta, aquellas que podía contar sin temor a perderlo todo.

Aquella era una terrible idea, llegó a entender Andrés el día que se vio abandonado en su cuarto, desangrado, sin que Daia vuelva a su lado, es decir, su despedida definitiva, puesto que parte de esas anotaciones no eran lo que Daia podía procesar en su mentecita de chica bien; quizá la filosofía que profesaba era demasiado por un ser sin maldad en el alma. Hubiera preferido mentir entorno lo que ponía en su libreta ese día, sacarse una breve reflexión improvisada de su cabeza que dejara conforme a ambos, o solo a ella, para que la preocupación no la llevara a temer por la vida de un joven al que quería y daría muchas cosas por ayudarlo.

Nunca dejas ese tema tranquilo. Siempre pones algo que se relacione al odio, al rencor y la tristeza. Llegas a preocupar, chico —le decía Daia luego de escuchar sus reflexiones.

Son cosas que pienso; hay mucha distancia entre las ideas y lo que hago. Si pongo algo sobre la muerte, no significa que me quiera matar, ¿no crees?

No es casualidad.

Tampoco una sentencia. Hay que saber diferenciar las cosas, linda.

Automáticamente, después de un diálogo así, Andrés se puso a su costado y le dijo:

No seas tonta. Sabes que no me mataría. No hay razón para hacerlo ahora que estoy contigo. Es solo un pensamiento que viene y va, que no me deja tranquilo, pero puedo sobrellevarlo con tu apoyo —sentenciaba sus palabras besando el cabello delgado de Daia, de paso que respiraba su aroma y eso le producía sosiego.

¿Yo hago que te sientas mejor?

Por supuesto.

¿Estás conmigo solo por eso?

En parte... Pero no es la razón. Este querer, linda, va más allá de algo estrictamente racional. Sabes que soy una persona que por ti haría muchas cosas, pero teme ser dañado; de igual manera temo dañarte; al menos, a ti no quiero hacerlo.

Sigo sin entender por qué la tristeza forma parte de tu vida si te encuentras bien —respondía ella mirando al piso, como quien no logra

convencerse de las palabras dulces que suelta quien la quiere y le acaricia la cabeza como un ser frágil y tierno.

No lo sé. Quizá estoy maldito. ¿Tú que crees?

¡Andrés! —le reñía, con esa mirada que no iba en serio, pero que provocaba retracción en las palabras del chico.

No le veo otra explicación —soltaba una risa culposa, a la par que intentaba justificarse—. Es la forma como sobrevivo a mi personalidad esteparia: escribo por mí, para librarme de mí, pero también escribo por ti, porque me das aquella vitalidad que antes no he tenido. Antes, mira bien, presta atención, mis escritos eran mayores, pero de poca profundidad sentimental y emocional. Sería como una labor, algo que no puedo aguantar por lo estricto y agobiante que es. Contigo no, tu inspiración es por lapsos, y en esos lapsos escribo lo que se me venga en gana, no importa si bueno o malo, solo importa que lo siento, de verdad lo siento, pero queda ahí.

¿Sientes esas ganas de matarte? —retomaba el punto inicial, luchando por no ceder a palabras tan dulces que le soltaba Andrés.

Claro. Pero tener ganas de algo no significa que lo vaya a hacer.

Daia se quedó viéndolo, escrutándolo con cautela e incredulidad. Sabía que Andrés se contradecía demasiado en aquel tema, que en su enrevesada forma de hablar guardaba códigos que, descifrándolos, lo pondrían en jaque, contra la espada y la pared, tartamudearía, evadiría el tema con lo que sea con tal de no sentirse custodiado y aquella máscara de chico sonriente, pero con la mirada triste, caería y notaría al primer Andrés que había conocido, ese Andrés que odiaba verse rodeado de gente, de no saber si debía sentir pasión por alguien (pues su pasión solo era devota a sus libros). En pocas palabras, Andrés era de esos chicos que rehuían del contacto y afecto de quien podía dárselo, por temor a volver a salir dañado en el juego de Eros.

¿Sabes qué? —Daia le tomó por el cuello y acercó su boca a la suya—. No te creo —sentenció con un beso, de esos que son complementados por una mordida suave al final e inflaman el pecho de calor pecaminoso, agitando la sangre en el corazón y esparciendo la vitalidad por las venas.

Oye...

Cállate, tonto.

La forma como el tiempo tiene al pasar es relativa ante cada persona, bien se sabe, pero hay ocasiones cuando el tiempo mismo no pasa, se vuelve eterno o desaparece, o quizá se cambia su medición y no se

entiende por segundos, minutos u horas, sino por “se besaron como locos devotos al comienzo, cuando alejaron sus bocas se encontraban encima del colchón celeste, luego ponía su mano en su pecho y le preguntaba si le quería, inmediatamente ella contestaba que sí, pero que no dejara que tocar su corazón, que lo escuchara latir con esa fuerza enervante; la boca de Andrés besaba cada extremo del cuerpo femenino y pálido de Daia y se concentraba en sus labios, aquellos que él si podía tratar, besar, lamer y morder a su modo, provocando que los otros sintieran envidia de su deslices y lamidas”. Todo el tiempo que pasaron juntos concluía cuando, envueltos entre las sábanas, Andrés intentaba conciliar el sueño, aquel que le había llegado antes a Daia, cuando el cuerpo no dio más luego de cuatro brincos y pronunciamiento de su nombre ahogados en una mordida en el cuello. Aprovechó el insomnio y se puso a escribir algunos poemas ridículos sobre sus sentimientos hacia la chica, hacía breves intentos porque le saliera la introducción de su novela. Fracasó en ambos. Dejó la libreta a un costado y se acurrucó al lado de Daia, pegando su cuerpo a su cadera divina y su espalda pecosa; redireccionaba sus pensamientos derrotistas a quién sabe dónde porque solo importaba el hallarse al lado de Daia, la cándida Daia, ella que seguía ahí a su lado por las noches.

A la mañana inevitable, Andrés tenía que regresar a casa y, de paso, ver si podía comer algo por le camino. Requería de azúcar, la que sea, para que la ansiedad no le ganase y terminara creando monólogos en plena calle o corriendo como loco por las avenidas hasta que su cuerpo no diese para más. Y ya vuelta en casa se encerraba en su pieza, sacaba la libreta y arrancaba las hojas con sus nuevos apuntes, cosa que siempre hacía; según él, ningún escrito suyo era lo suficientemente bueno como para darle una chequeada al siguiente día, que sobreviviera al juicio, que continuara a pesar de que sostuvieran frases rescatables o dignas de ovaciones. Tiraba el cuadernillo sobre el escritorio, las hojas arrancadas las abollaba, se ponía a escuchar música en su celular hasta que llegara la tarde y vuelta repetir su rutina de siempre: siempre a la casa de Daia. Parecía un sueño agradable, repetitivo, pero mejor que las pesadillas que podían invadirle. Pero en ningún momento la idea de morir desaparecía.

2.

Qué raro es el corazón que late acelerado; a veces por una pasión, otras por las heridas que nos hacemos y no sanan como esperamos. Imagina que tu corazón late con fuerza, a un ritmo que es indescriptible. Entiendes que algo pasa, que no es normal tal circulación acelerada. También entiendes que existe una causal, pero en aquel instante no te preocupa saber eso, sino qué sucede, dónde estás, por qué no espabilas.

¡Sí, despierta, fíjate! —se escucha a lo lejos.

Al principio no lo entiendes, ves cómo una silueta hace movimientos

graciosos, pero sabes que el contexto no es de chanza ni alegría.

Entonces, el ojo se abre, el corazón se vuelve un órgano secundario, la boca no puede retener la saliva en su cavidad y el olor que impera es de fragancia dulce, como a caramelo recién preparado en la sartén, a vino destapado y añejo, a fragancia joven y soñadora; porque sí, los sueños tienen fragancia, sobre todo cuando se vuelven reales y axiomáticamente son dotados de colores, formas y olores.

Esos colores existen, vuelven, te ve tirado en una tina con el brazo abierto por una tijera, manchando la cortina blanca que se supone protegería su sueño de quien pudiese entrar al baño para apagar la luz; que creería dejaron encendida en un descuido. La herida no es profunda, pero la que dejas en la persona que te trata de ayudar sí.

Suenan frases de “¿por qué lo hiciste?”, “¡por dios, otra vez no!, ¡me dijiste que ya no lo hacías, que por mí habías cambiado!”.

Intentas explicarle y solo le alcanzan las fuerzas para soltar frases que empeoran el asunto:

Porque estoy cansado... Hoy fue más que ayer... No sé qué pasó, pero aquí estoy, de nuevo...

Pero la otra voz te pide silencio, que no hables, que guardes fuerzas.

Todavía uno no lo entiende, o quizá sí y solo prefiere no concentrarse ni deducir cómo pasó esto. ¿Sirve de algo? No, claro que no. Es mejor callar cuando te descubren al borde de la vida.

Andrés, tantas veces Andrés. ¿Entiendes? En la brevedad posible de tu consciencia y tu cuerpo, que ha perdido mucha sangre, que, aunque no lo puedas ver, Daia hace de todo para que la hemorragia pare, no haya escándalo con tus padres, esa familia que poco o nada importa en esa historia como bien puse, no los encuentren a ambos en tremenda desgracia.

Ella usa toda su paciencia para no salir corriendo y dejar en definitiva a ese chico problemático y depresivo. Pero Andrés sabe, en el fondo, que Daia no lo dejaría ante una situación como la que están viviendo.

Ella siente esa debilidad existencial por la soledad, al igual que él, y no toleraría verse sin aquella persona que, de igual manera, la ha ayudado en los días de navajas, cortes y sangre. La diferencia es que algunos maduran, otros no; y la sangre seguirá corriendo mientras la madurez no llegue a implantarse con determinación en la cabeza atolondrada del joven

que se deja llevar por aburrimiento y el dolor.

“¿Por qué los tristes somos propensos a destruirnos con tan descarnado método? ¿Por qué preferimos el dolor lento antes que el final rápido? Somos torpes hasta para finalizar con nuestras vidas, creemos que la cosa terminará cuando ejecutemos la acción, pero siempre suele aparecer alguien que, o nos interrumpe y obliga a replantearnos el tema, o nos salva, tal y como hace Daia conmigo”, escribirá Andrés cuando se encuentre solo en su cuarto.

La luz del baño es lejana, el ambiente húmedo se impregna en la ropa al igual que la sangre que ha dejado de emanar de Andrés, y Daia llora sentada sobre el excusado, diciendo, nerviosa, el nombre de Andrés con cierto matiz hiriente y desesperado, repitiendo ese nombre por última vez porque está decidida a irse y no ser parte de eso, de su propia destrucción. Andrés intenta reclinarse en la tina, lo hace para posar su mano en su rodilla para que lo mire, se acerque, preste atención y le convenza de que ya todo está bien, que es un tonto, que aún se siente cansado y que hay que darse prisa para que nadie se entere; harán como si nada y prometerá, falsamente, que dará vuelta a la página.

No son las mejores palabras ante un accidente de tal magnitud. Por eso se entiende la reacción de Daia, quien sale del baño llorando y deja solo a Andrés en el baño. Mas, para ese entonces, Andrés tiene la fuera milagrosa para salir de la tina: se para y dirige a su cuarto, apoyándose en la pared para no caerse de bruces contra el suelo; y sin encender la luz de su cuarto se tumba en la cama, dejando un rastro sangriento en forma de gotas por el piso, desde la escena de ese crimen contra su vida hasta su alcoba donde se esconde. Pero, como la noche es cómplice de los milagros negros y mortuorios, nadie verá el rastro jamás. Andrés, bien temprano por la mañana, limpiará los restos, sacará las sábanas que manchó con su sangre por la noche y cambiará la cortina de la tina por otra de repuesto, con figuras de animales y de fondo crema. Volverá a tumbarse en la cama, pero esta vez con su brazo tapado por una gaza, que se irá manchando lentamente, y una nueva reflexión vendrá a su cabeza: “tengo la seguridad de estar maldito: mi sangre no oculta mis culpas, sino que se posa en diferentes lugares que, más tarde, me mortificarán por lo que hice en mi pasado”.

3.

— ¡El corazón es un zángano, no ama a quien debe! —exclamó Cristhian, exagerando sus gestos y dándole un tono cantado. Se había cansado de los desamores que acompañaban la breve biografía de Andrés en lo que iban de su encuentro.

Déjate de tonterías, ni si quiera eso significa zángano —le corrigió Andrés,

manteniendo su cuerpo tirado boca arriba sobre el sofá de la sala.

El clima fresco del primer piso, donde se encontraban, podría definirse como encantador: la decoración sobrecargada, cuadros cuzqueños de arcángeles luchando contra el mal, la madera de caoba con la que estaban hechos los muebles, la luz que provenía de la mampara que dividía la sala con el jardín y un pequeño patio, se componía junto al silencio típico de las casas antiguas, aquellos que servían como un amplificador ante cualquier vibración que llegase de afuera o del segundo piso, y uno podía hablar en susurros y jamás alguien se enteraría, por traición del eco, de las palabras dichas.

Está bien, pero debes pensar mejor las cosas con las personas con quien te lías. Un día estás con una, luego con otra... ¡Así no se puede! Hasta da flojera aprenderse los nombres de cada una, mi estimado —Cristhian siguió exagerando sus gestos, pero poniendo énfasis en lo que decía para ser tomado en serio.

Andrés se inclinó de tal manera que pudo posar su mirada furiosa contra Cristhian, como un halcón que observa cada movimiento de su presa, esperando que cometa un error que le cueste la vida y termine viéndose como el asesino de una amistad de años.

¿Qué concepción tienes de mí? —le preguntó Andrés, sin dejar de sostener la mirada roja, de venas inyectadas.

Es broma —se corrigió Cristhian—. Tómalo así, loco. —intentó cambiar de tema para que su amigo calmase esas ansias que traspasaban su piel, sintiéndose la furia con que pretendía atacar Andrés—. Han pasado días desde que das noticias de tu vida, que alguien sabe de ti, y ahora pelearse es lo menos conveniente que puedes hacer con tus últimos amigos, ¿no crees? Piensa que nadie se ha enterado de tus andanzas ni con quién te liaste, menos sabremos cómo conversar contigo si no sabemos lo que ha pasado.

Andrés pensó esto último. Una jugada maestra por parte de Cristhian al soltar la aclaración, alistando el terreno para otra frase que taladraría en la mente de nuestro desdichado personaje, quien, valga aclarar, pasó aquella prolongada estancia reflexionando sobre todo lo que acontecía en su vida, entre mañanas y tardes sin sentido, sin querer ver el sol, sin ver nada, rasguñando los muebles sin ningún fin, y pensando sobre los posibles escenarios que perdió el día que Daia había salido corriendo del baño, en yanto. ¿Y por qué tenía que ser Cristhian el primer sujeto al que recurrió para dar acto de presencia? ¿Por qué no podía ser Aito, Sebastián o Fernanda, la loca? ¿Qué había pasado con ellos? De momento solo importa entender que Andrés recurrió a Cristhian y él debía darle, entonces, las respuestas que necesitaba oír, no sin antes aceptar que el tiempo era injusto y se llevaba no solo los buenos recuerdos, sino a las personas a un mundo donde solo los olvidados pueden cruzar el gran

umbral y volverlos a ver, y quién sabe si no charlarían, rajarían, de las personas que los situaron en el olvido.

Entiende que no soy ese tipo de persona, en primer caso. —se detuvo para pensar un rato lo que a continuación iba a decir—. Segundo, no lo sé... Es como cada vez que estoy consciente de no hallarme solo: alguien llega a inicios de año y se va por diciembre. Vuelta vuelve todo a ser como antes, solo que, por la ausencia de ese ser, cambio y me percató del eterno retorno en el que me encuentro inmerso; y es raro porque cambio, te juro que cambio, me vuelvo más serio y analítico con lo que pasa en mi vida, entiendo los errores, que son diferentes con cada persona, pero nadie se queda, nadie aguanta esa parte de mí que es imposible arrancar.

Sabes que exageras... ¿Has vuelto a hablar con ella? —le interrumpió Cristhian, acompañado de un suspiro agotado, lánguido, aburrido.

No...

¿Y qué esperas? Puedes solucionar las cosas hablando. ¿Qué no les enseñan eso en tu carrera? —provocó con sarcasmo, aprovechando para tomar el vaso con té de limón que había dejado sobre la mesita en el eje de la sala.

¡Por Dios, Cristhian, en mi carrera solo nos enseñan a tratar a la gente como imbéciles! —Cristhian se rio porque, en parte, era cierto lo que comentaba Andrés—. Nos forman para ser máquinas de apoyo moral y observadores de lo evidente; no voy a aplicar esa estupidez con lo que me pasa en la vida sentimental; suena como que no es una mala idea y que sería lo más cauto, pero en realidad no porque es evidente que tomamos a la gente como estúpida... Debí meterme a otra carrera, ¿sabes?

Aprovechar mi potencial y centrarme en mis proyectos.

Hombre, tranquilo, que esa queja la tenemos todos... —Cristhian volvió a interrumpirle—. Bueno, todos los que ponemos énfasis en nuestros estudios. O sea, tú sabes —siguió riéndose por la frase despectiva que escuchó hace unos momentos de la boca de Andrés sobre cómo tomaban a la gente como imbéciles.

Bastó un brinco para que Andrés se parase del sofá y tomara las llaves posadas en la mesita, decidido a salir y tomar un café por el centro, despejar la cabeza, respirar el aire contaminado de ciudad norteña. Cristhian le seguiría, aunque no entendiese la redundancia de salir a tomar algo si se encontraban en casa y ahí podían preparar café y quizá un aperitivo; sabía que la intención de Andrés no era la comida en ese momento, sino huir de casa y encontrar algo, quiera o no, por aquellos lares céntricos; y Cristhian escucharía una sarta de maldiciones hacia la cultura moderna y la falta de originalidad trujillana, a lo jodido que era vivir en un lugar como este, lo desafortunados que éramos de vernos en un lugar con clima soleado, pero en sus silencios resonaría injurias hacia el estado de ánimo que lo invadía desde semanas atrás por culpa de Daia.

Enrumbaron por la avenida España hasta llegar a Zepita, entraron por Junín y se alistaron para esquivar a los ambulantes y desafortunados, negociantes y músicos que ocupaban el cruce y la recta del jirón Pizarro. Casi nadie soltaba una moneda a esos desgraciados porque conocían de llano el discurso trágico que soltaban sobre sus desdichas. Los más cautos pasaban sin mirar a nadie a la cara, así no los interrumpían en plena marcha hacia tu destino para pedirles limosna a cambio de su espectáculos o discurso lastimero.

Caminas con odio, loco —reconoció Cristhian, siguiéndole el paso como podía, intentando no perderse los insultos que Andrés soltaba entre dientes al toparse con la gente de andar lento y los ambulantes que se prendían del brazo para que los vieras, temerosamente los vieras y entendieras que pasaban hambre y miseria. Así camino yo, sígueme —le contestó Andrés, sin fijarse que estaban apunto de llegar al café de siempre.

Andrés tenía esa mala manera de querer ocultar el sol con un dedo, de guardarse lo evidente. La pérdida de Daia le había causado desazón, despertando al lobo estepario que guardaba en su interior y clamaba venganza por la traición, la patada, el castigo de verse sin aquella mano que apaciguaba sus tantas heridas que se traducían en nombres de gente que lo dejaron olvidado. ¿Culpa de quién? ¿De esa gente que lo abandonó? No, de él, bien lo sabía, pero debía aprender a sobrellevar esa pérdida a causa de su patetismo y fortaleza mental. Confiar en los demás era arriesgarse a salir dañado y, en mayor medida, a entrar en el plano del olvido.

Pero las cosas eran más difíciles de lo que parecían: ¿Cómo hace uno en una ciudad donde cada rincón, por más insignificante que sea, tiene aires a esa persona que recordamos, sea porque alguna vez se compartió momentos ahí o porque la ciudad es chica y las personas tienen rostros similares o actitudes y cercanías con esa persona? ¿Cómo permanecer en el plano del olvido si todo te recuerda a ti y a la otra persona? Trujillo, a pesar de lo que se había convertido con el tiempo, no podía olvidarse, mucho menos a su gente. Andrés estaba maldito a siempre recordar todo lo que conformaba su realidad.

Llegamos —le indicó Cristhian, tomándolo del hombro a la fuerza para que se detuviese.

Al lado de la iglesia La merced tomaron asiento en cualquiera de las bancas que habían esparcidas y una muchacha venezolana de rostro impoluto salió a tomarles la orden con el mejor de los ánimos.

Una sonrisa emprendedora fue esbozada, otra sonrisa con el mismo aire le devolvió el gesto. El único que no formó parte del ritual fue Andrés, quien directamente pidió un café pasado y una revista de trujillana que ofrecían gratuitamente; de paso se fijaba en el andar de las palomas que rondaban por un monumento a nombre de un héroe desconocido que era eje en la plazuela, miraba a los feligreses que entraban y salían de la iglesia creyéndose salvos y buenos cristianos, veía a los dibujantes que ofrecían su trabajo por diez soles ante un público que poco o nada les interesaba su arte.

La chica no se hizo lío. Cristhian sí, ya que sentía la amargura en el ambiente, el ánimo desgastado de Andrés que contaminaba la atmósfera y se mezclaba con los condenados en filas que rondaban por el jirón. Tomó paciencia para retocarle el tema a su terco amigo y darle las respuestas que quería, a ver si así se le pasaba la ira irracional.

Mira, las cosas pasan, ¿oíste? Unas personas van, otras quedan, unas son más especiales que otras, pero ninguna es lo suficientemente especial para que te pongas en ese plan de sufrido y mártir. No digas que no —se apresuró a decir, previendo una de las tantas miradas juzgadoras de Andrés— porque sabes que sí te ha afectado, quizá no el tiempo que a una persona normal le duele, pero eso no quita el amargor. Lo mejor que puedes hacer es reencontrarte, centrarte en tus metas y estudios y conocer gente nueva. ¡El mundo no se termina por un desamor!

“Tan fácil que es decirlo, pero no por eso le quita lo cierto”, pensó Andrés.

Una cara bonita la encuentras por todas partes —siguió Cristhian; señaló a dos chicas guapas que abandonaban el local para irse a quién le importa dónde—. Personas interesantes, no —volvió a mirarlo—. No digo que ella no lo fuese, sino que... hay que saber por dónde encontrar compañía y gente que valga la pena.

Tú no entiendes —replicó Andrés.

Exactamente no, pero algo de lo que te he dicho se aplica a lo que te pasó. Y, ¡vamos!, tu pleito es con ella, no conmigo ni con la vida. Disfruta las cosas buenas, loco. Andar con tu cara de amargado solo te resta oportunidades.

La respuesta que dio Andrés fue poner su brazo en la mesa, desabotonarse las mangas de la camisa que llevaba puesta y mostrarle la cicatriz que tenía en parte del brazo, que ya no estaba latente o hinchada como el recordaba, pero dio la impresión que buscaba en el rostro de su amigo. Cristhian se quedó estupefacto al ver tremenda marca imborrable, reflejo de las crisis que azotaban a su amigo.

Te pasaste esta vez —alcanzó a decir—. No contaste nada sobre eso.

No hacía falta —guardó silencio.

Se quedaron callados unos minutos, cada uno mirando diferentes lugares que colindaban con la plazuela. Se acercaba la hora que daba comienzo a la tarde y al retorno de aquellas ánimas a sus hogares tristes y belicosos. Pero también sería la hora por saber a dónde iría Andrés, regresar a casa no era una opción.

¿Por qué soy así? —le preguntó Andrés, aguantándose las ganas de llorar, de que sus ojos perdieran el color rojo que era tinte de la emoción embargadora y posesiva en su ser, sinónimo de humanidad y desdicha. Calma... ¿Estás tomando las pastillas que te recetó el médico?
¡Olvídate de esa mierda! No las necesito para calmarme —le escrutó, apunto de mandar al carajo la mesa, su amistad, a la ciudad entera porque ya no aguantaba más; a punto de arremeter con la señorita que traía el café de ambos. Pero no hizo ningún comentario, sino que dejó las cosas en la mesa, dio provecho a ambos y se retiró con el mismo humor con que los había recibido—. Soy patético —dijo al fin, luego de la escenita.

No lo eres.

¡Sí lo soy, joder!

Relájate, hombre. Ya entendí que te encuentras mal, pero das mucho poder a la emoción. Razona conmigo: ¿qué debes hacer para calmarte? No puedes permanecer así para mañana, eres mejor que esto. No lo sé. No tengo ganas de hacer nada. Ni si quiera tengo ganas de estar aquí, ino sé para qué he salido!

Dejá de decir estupideces —se irritó Cristhian—. Suenas a un cliché de telenovela para marujas. Necesitas alejarte de ese pensamiento y entender las cosas. ¿No quieres respuestas? Pues ya las tienes. Siempre las tuviste, en tu cabeza. Entiendes el contexto, también el por qué de lo que te pasó y no quieres contarlo a fondo, pero eso no quita que la respuesta esté ahí, a la espera de que te fijas.

Andrés dudó en responder; en parte porque admitir que solo estaba acompañado de Cristhian para recibir respuestas era, en su concepción moral, un fin muy mundano, casi primitivo ver a alguien como un objeto que puede utilizarse cuando uno se siente triste y necesita desquitarse o sacar algo; luego, no importa lo que suceda con ese ser. Implícitamente eso también es parte de conocer gente, esperar algo a cambio o darles uso, pero el eufemismo dicta que no debe decirse así, sino como un favor que se hacen entre amigos; pero en momentos difíciles es que uno se suelta y admite que la amistad es secundaria al dolor y que, si esa persona también decide dejarnos, pues que se vaya, es uno menos, perdida tras pérdida a la que uno se acostumbra. Todos, tanto amigos como amantes, tienen tendencia al olvido y a olvidar a quienes los rodean.

Quiero respuestas...

Las tienes que conseguir tú —el tono de voz de Cristhian se hizo serio, profundo, como la de un padre harto de escuchar el ruego infantil de su hijo—. Yo no conozco a la tal Daia y ni la he visto. Lo poco que sé es lo que me has contado. Ese es otro problema tuyo: nunca cuentas nada hasta que las cosas salen mal y buscas respuestas a lo que ocasiones, pero no quieres decir qué fue exactamente lo que hiciste; aunque uno ya puede sospecharlo, tarde o temprano. —Arrastró la silla para acercarse más a Andrés—. Soy tu amigo, loco, puedes contarme lo que te pasa con confianza. Sé sincero conmigo por una vez en tu vida y no me sueltes la historia por partes. Que venga de ti saber lo que pasó.

Solo dime en qué estoy mal, por qué soy miserable —contestó.

Porque lo ves así —Cristhian soltó un bufido, sabiendo que la conversación no los llevaría a nada y que intentar a sacarle algo a Andrés era caso perdido—. Haces las cosas sin pensarlo dos veces; y vuelta la misma canción.

Daia ha sido la única que me vio hacer esa estupidez, el resto de chicas solo lo sabían por anécdota. Irónico, ¿no? Pues fue a ella a quien le prometí que dejaría de autolesionarme... pero lo vio, me vio en aquel estado deplorable.

No es plausible.

No digo que lo sea, sino que cómo llegó a saberlo, cómo llegó a mi casa y me encontró así. Es lo que no llego a entender...

Ambos callaron, pero la ciudad no respetó aquel silencio: la gente pasaba con prisa porque ya había llegado la hora que daba comienzo a la tarde. La bulla de los ambulantes resonaba con estrépito por las casonas llenas de negocios malolientes y el día soleado reafirmaba la falta de algo en la vida de todos los trujillanos. Ese algo era vitalidad, la fuerza que guía al hombre a ser algo en la vida y no una cosa más arrojada al mundo.

“No quiero estar aquí”, le rondaba en la cabeza la idea a Andrés. Yacía recostado hacia atrás en la silla, mirando ese cielo límpido y celeste que lo apellidaba y serviría de testigo ante su próximo bagaje por la ciudad.

¿Te encuentras bien? —le consultó Cristhian, notando la desidia de su compañero.

Sí... Quiero dar una vuelta por ahí.

Está bien. Pero tendrás que disculparme porque no podré acompañarte: ya son las doce, debo volver a casa para saldar un asunto y cumplir otros planes. ¿Tú me entiendes?

Va —fue el modo de decir de Andrés que podía irse y hacer lo que tenía planeado, que más tarde volverían a encontrarse y hablar de lo que sea, seguramente del mismo tema, que daba igual la excusa, solo que era un adiós.

Cristhian llamó a la camarera y le entregó el saldo de ambos pedidos, también una propina por su amabilidad y, por último, cuando esta se

retiró agradecida al local para dejar las tazas en el lavabo, le dijo a Andrés:

Último consejo: mientras más enserio te tomas algo o a alguien, más te duele su pérdida, también hay más decepciones y confusión —le tocó el hombro para marcar su despedida o quizá para marcar una maldición que despertase un mensaje inconsciente en sus palabras. ¿Por qué Cristhian no se inmutaba ante el dolor de su amigo, por qué sentía ese fastidio por ver su situación en vez de ser empático o ameno con él? ¿Estaba, acaso, aplicando aquel principio moral con su situación?

“¡Oh, Cristhian, de verdad eres un jodido psicópata!”, lo entendió Andrés, “De verdad soy un fastidio”.

Fue entonces que el calor aumentó con sus brazas insoportables. La gente civilizada dejó de pasar por el jirón Pizarro, pero los cojos, los pobres, los inmigrantes y el resto del vulgo inferior se levantaron para ir a almorzar, a volver a sus hogares; dejarían parte de aquella ciudad desierta para acrecentar el aura de soledad que Andrés interpretaba como suya, como parte de su condena, pero, en parte, agradable e introspectiva. Una ciudad triste y ficticia para un hombre rendido en busca de la ilusión que calmase su dolor.

Andrés se retiró del local con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y sin abotonar las mangas de la camisa, mostrando sin vergüenza su herida a los espíritus que rondaban las casonas. ¿A dónde iría a parar nuestro joven personaje? ¿Qué lugar lo recibiría o quién le daría más respuestas a su tragedia? Y entre esquina y esquina que cruzaba, daría la tarde en su típico destello naranja para, después, tornarse gris como las ideas que lo invadirían.

4.

“Pensar como nunca te han pensado. ¿Alguna vez te enterarás de las horas que desperdicio en escenarios ficticios? ¿Alguna vez volveremos a pasar las calles donde transitábamos en aquellos días encandilados? Los carros estacionados no han arrancado desde aquel momento, siguen allí, algunos asegurados con ladrillos debajo de las llantas o con las ventanas sucias, las casas no han perdido el moho oscuro de la contaminación, no se aprecia ni un ápice de luz en su interior porque, pareciese, que comparten mi luto. Sigue allí la pareja de gatos que vimos acurrucados bajo una de las bancas en la iglesia Santa Ana en el jirón Orbegoso, compartiendo su calor para afrontar las ventiscas que azotan con fuerza en plena tarde, auguro de un súbito cambio abrupto en el clima trujillano. En el aire se siente un ligero aroma húmedo y nostálgico, quizá traído por las playas costeras, evocando el día en mi memoria cuando cayó la lluvia como en el primer diluvio de la creación y tuvimos que correr de la mano por el jirón hasta escondernos en el portón de una casona, aquella que

tenía un letrero que indicaba que había sido incautada y, cómo no, en su puerta dejaba rastros de saqueos que otros jóvenes habían hecho aprovechando su abandono. Aun así, desobedecimos, fuimos unos de esos jóvenes más y buscamos la forma de entrar para cubrirnos de la lluvia; encontramos la ventana rota por donde habían saqueado el inmueble y saltamos a su interior polvoriento. Nos detuvimos para comprobar la historia del lugar, imaginamos los días mejores que había pasado, seguramente entre visitas y fiestas, reuniones con gente de clase; qué sé yo, no sabíamos nada sobre el lugar, pero igual le creamos su historia. Hicimos el amor en el piso hasta que la lluvia menguara y entre tanto conversábamos de cosas tontas, que solo daban tiempo entre nuestros orgasmos y cansados gemidos que resonaban en ecos contra las paredes. No nos importó que la ropa se manchara con el polvo o las magulladuras que se formaba en nuestra piel por las astillas y los trozos de vidrio que aún quedaban en el suelo, sino que pensábamos a dónde iríamos después, si valía la pena partir de aquel lugar. "A casa", sugeriste tú, pero ¿cuál era nuestra casa?, ¿cuál era nuestro hogar en ese entonces? No vivíamos en un mismo punto o nos sentíamos identificados con nuestras familias. Solo conocíamos rincones, calles trujillanas, bulevares que ofertaban todo al por mayor y parques maravillosos donde nos recostábamos con pinta de locos sin destino, juntitas nuestras cabezas como palomos y mirando lo que sea que ocurriera a nuestro alrededor, hasta que nos quedásemos dormidos en la banca durante plácidas y extendidas horas, despertados únicamente por el vigilante del parque, que nos corría con su silbato y soltando amenazas con que llamaría a serenazgo si no nos marchábamos a otro lugar; y para cuando soltaba la amenaza, ya nos enrumbábamos entre risas y lisuras que no iban en serio a quién sabe dónde, quizá otro parque o al centro de la ciudad. ¿A dónde voy a parar ahora? ¿A qué casona, a qué parque, qué locura haré sin ti? Empezó a caer las primeras gotas del cielo, una calló en mi boca, tiene sabor como a lágrima, como si los ángeles se apiadasen de mí y el llanto de mi tragedia les conmoviera el corazón, la vida que le espera a este loco solitario. Seguro te reirías de lo estúpido que suena eso, de cómo me puse a saborear la lluvia, seguro que sí; pero no estás, la frase pierde su gracia, igual que toda la ciudad donde estamos, pero ya sin encontrarnos. Vuelta pienso que debo ir a un lugar, pero no tengo dónde ir. Comprendo que visitar a mis amigos delataría mis intenciones, escapar de la soledad, y ellos no querrían escuchar mis problemas con la misma paciencia con la que tú lo harías. Son tratos distintos, seres diversos, pero ninguno me importaría tanto como tú. Quizá exagero. Quizá no fuiste tan buena y comprensiva, si no, estarías aquí, hubieras tolerado mi última tontería. Te idolatré como a ninguna. Quizá no fuiste tan maravillosa como pensaba y mi propia concepción de ti fue lo que sepultó lo nuestro. No estabas lista para mi locura o quizá yo no estaba listo para aceptar que tú no la tenías. ¿Vale la pena entender eso ahora? No, para nada. Sin embargo, admito que debí aceptar tu humanidad, pero al mismo tiempo que te sintieras idolatrada como ninguna. Hubiera hecho muchas cosas que en este momento me retumban en la cabeza como salvaguardas que anhelan un reencuentro,

para comenzar a tomarme en serio la postura de un cambio, de un nuevo yo. Pero ¿qué pasa si no quiero cambiar, si ya es tarde para eso? Despedirnos es aceptar el cambio, que uno de los dos opta por un destino diferente al que se ha planeado entre conversaciones enamoradas y dulces. ¿A dónde irán a parar estas ideas cuando muera la tarde y se aperturar el manto nocturno, entonces deba regresar a ese recóndito lugar que no es mi casa, pero así he de llamarla ahora para tener un lugar dónde esconderme? Puede que las fuerzas por no verme solo me ganen y quiera cerrar mis ojos para no apreciar esa visión de la habitación desnuda, con el sonido del reloj en movimiento, los perros que aúllan a lo lejos entre las azoteas de las casas vecinas, la falta de sueño que incrementará semana tras semana y el zumbido que se siente dentro de mi cabeza. Pero sé que no lo haré, ya dije que soy terco, trataré de mantener el temple, aunque por dentro piense que existe un lazo que conecte mi vida con la tuya, aún lo piense. Y los pensamientos seguirán formulándose sin amparo: ¿Alguna vez sabré que volverás? ¿Sabré de ti por otras lenguas, rumores o imágenes? ¿Los lugares guardarán tu encanto de aquellos días o el mundo seguirá con la misma gente, las calles se olvidarán de los locos que dormían en los parques, las casonas serán derrumbadas o habitadas, y se modificará el lugar borrando el recuerdo de aquella tarde de lluviosa, íntima? Algo me hará saber de ti, o, si quiera, alguna vez sabré que también, después del adiós, pensaste obsesionadamente en mí. Pienso que sí, que así será. Espero que sí...", pensó Andrés, caminando devuelta a casa.

5.

Como si fuese una pesadilla vívida, Andrés abrió la puerta. Se topó con la negrura del universo en aquel piso saturado con los muebles de madera y las arañas en el techo.

Dio un paso adelante del abismo insondable, retiró la llave de la cerradura y empujó lentamente la puerta para quedarse encerrado para siempre en aquella casa.

Algunos edificios se decoran con cuadros pintorescos y fotos familiares o relojes con formas curiosas y animalescas. Mas cuando hablamos del espacio dedicado a las escaleras, como una ascensión hacia lo íntimo o familiar entre piso y piso, esta casa mantenía su estilo lúgubre, opaco, tradicional: con estampas de santos, cruces de acero inoxidable decoradas con dijes de jade en cada punta de la artesanía, retratos plagiados de Rembrandt y espejos con marco de madera negra, bastantes de ellos y con diversas formas: ovalados, cuadrados, romboides, a lo largo de la escalera, que servían como reflectores de luz, aquel único destello que llegaba desde el balcón abierto. Pero Andrés no pareció fijarse que esta vez el balcón se hallase cerrado y que por ende no existiese luz que denotara el camino ascendente por la casa, que subir por las escaleras fuese un sendero tétrico al cadalso, que este terminaba en su habitación,

donde moriría por su propia condena mental, por su propia mano.

Ya en ella, en el cuarto, se tumbó en la cama y miró con aire desdichado al techo sin brindar comentario alguno.

La lluvia seguía cayendo con odio, creando charcos, golpeando las calaminas y ventanas con furia por todo el vecindario, pero el sonido no era lo suficientemente estrepitoso como para alterar el silencio diabólico que envolvía la habitación de Andrés.

Sintió la presión en el pecho, como si su corazón se apagase de a pocos. Consideró que ese sería su absurdo final, morir de la nada, sin nadie que lo lamentase o llorase su pérdida, o morbosamente lo vea desfallecer en su honda tristeza. Tan solo las arañas tejedoras e infinitas polillas que aguardaban entre sus libros veían la pausada escena, apreciaban a detalle los cortos movimientos que daba Andrés para apresar su almohada, abrazarla como si de una mujer se tratase, buscar el candor que calmaría ese dolor repentino en su pecho. Pero, al no hallarlo, perdió el ínfimo brillo de sus ojos, antiguamente admirados por la vitalidad que se debatía, que no cedía al desahucio.

Desde el escritorio se puede apreciar la tijera con la que se había herido el brazo, el paquete de gazas que usó para curarse, los analgésicos desparramados junto con otras pastillas como Diazepam y Clonazepam que había estado tomando para llevar prolongar sus cortas horas de sueño. También se puede ver la puerta de la habitación abierta, no sabría decir si por descuido o propósito, pero estaba abierta...

Andrés se acurrucó más en la cama sin soltar la almohada, con ligeras lágrimas que se develaban en su rostro pálido.

Creí que no llorabas —dijo una voz femenina.
Trato de no hacerlo en público —admitió Andrés.
Eso no es muy maduro de tu parte, ¿sabes? A qué le tienes miedo.

Andrés no respondió, se quedó callado un rato, aguantándose el llanto, aferrándose a la almohada con desesperación, como lo haría ante cualquier ser humano que prestase su cuerpo para consolar sus penas.

¿Por qué regresaste? —le increpó Andrés— ¿A qué viene tu visita ahora que todo está perdido?

La voz femenina se sinceró con el muchacho, dio pase a una verdad que por largos meses había guardado para no alterar la vida de Andrés en su lucha por la vitalidad que sentía, que surgieran las preocupaciones mutuas o fuese aquella verdad que lo arruinase todo.

También estoy cansada, Andrés. Siempre lo estoy. No hay día en mi vida donde no me pregunte cosas que no me conduzcan a rendirme, a dejar todo a su suerte y aliviarme, dejar de pensar como una maniática que solo quiere evadir su realidad.

Hizo una pausa, después prosiguió con cautela.

Al principio creí que tú entenderías esto porque también lo habías vivido... Ahí está el detalle: vivido. Sigues viviéndolo. No terminaste de solucionarlo; menos podrías con lo mío, no aguantarías mi otra forma de ser o mis ideas destructivas. Serías tú quien me hubiese dejado a mí por temor u odio.

Cada uno tiene que aprender a vivir con ello. Nadie puede salvar a nadie de su propio caos... Solo aligeramos la carga, para eso estamos.

Irónico que lo digas tú ya que siempre creíste lo contrario —se rio la voz. Las cosas cambian, Daia.

Sí, por supuesto que cambian. Estamos en un constante cambio. ¿Creías que podíamos mantenernos sin ningún problema grave, que las disputas triviales serían lo típico en nuestra relación? Seamos realistas, duraríamos menos de lo que esperábamos.

Vivimos muchas cosas —llegó a decir Andrés, queriendo darse la vuelta y comprobar que era ella, Daia, aquella mujer que lo había llevado a tales instancias de su vida. Pero con temor de que aquella voz solo fuese una construcción mental, una forma de hallar las respuestas que tanto buscaba con ahínco desde su soledad, se contuvo de hacerlo.

No me arrepiento de vivirlas. Significaron mucho para mí. Pero de ahí a que sean un determinante a estar contigo... Es mejor que lo entiendas como algo pasajero, que lo hubiera vivido con cualquiera.

Entonces fui reemplazable...

Yo también lo soy. Nadie es inamovible en la memoria ni el corazón, cariño —la mano de Daia lo sujetó del hombro, evocando aquella fuerza femenina que consigue que cualquier hombre voltee aprecie a los ojos la profundidad del mar o el abismo del universo. Y Andrés, cuando la vio, cuando pudo comprobar las marcas que ella tenía en su brazo, entendió que lo irreal no era algo separado de lo que vivía, que solo es uno de los tantos senderos que tenemos los seres humanos para conducirnos en este disparatado teatro de locos con aires de cuerdos al que llamamos vida.

Dejó de apretar la almohada para tomarla por la cintura y posar su frente sobre la de ella, sentir su fiebre, contagiarse de ella, asegurarse que sus sensaciones no le mentían y de verdad estaba ahí.

Te volverás a ir... —dijo Andrés, desesperanzado al sentir cómo su mente había tocado fondo.